

MIQUEL RAMOS



Capitán Swing®

ANTIFA SCISTAS

Así se combatió a la **EXTREMA DERECHA**
española desde los años 90

ANTIFASCISTAS

Así se combatió a la **EXTREMA DERECHA**
española desde los años 90

MIQUEL RAMOS

Prólogo de
Pastora Filigrana García

Epílogo de
Betlem Agulló i Salvador

Capitán Swing 

Prólogo

Pastora Filigrana García

Tienen delante una historia sobre antifascismo contada desde adentro. Un canto coral de voces anónimas va tejiendo esta historia. Un relato donde somos parte todas las que hemos podido participar alguna vez en espacios antifascistas. Miquel Ramos nos ha convertido en protagonistas de su libro.

No van a leer únicamente una investigación periodística del fascismo español desde la mal llamada transición hasta nuestros días, aunque hay en estas páginas un exhaustivo trabajo de documentación histórica a lo largo de más de cuatro décadas. Tampoco leerán únicamente un ensayo político, aunque el compromiso antifascista del autor sea una parte esencial de este libro. Van a leer una investigación sobre el antifascismo de los últimos cuarenta años en el Estado español. Una investigación que la comienza un niño de catorce años recortando noticias de prensa movido por una herida y que la culmina un heredero del periodismo antifascista del siglo xx. Miquel sana su herida compartiendo todo lo recortado, archivado, leído, escuchado, aprendido y vivido en las tres últimas décadas.

Y lo hace con el ánimo de aportar al reto que tenemos por delante de articular respuestas políticas colectivas que frenen el avance del neofascismo y defiendan una concepción radical de la universalidad de los derechos humanos.

Pero, sobre todo, este libro hace justicia, porque contando estas historias todas juntas e hiladas se entienden mejor sus causas, y porque de alguna manera dejarlas escritas y unidas repara el dolor de quienes las han padecido.

Ante la inacción durante décadas de los cuerpos de seguridad del Estado, la fiscalía y los tribunales respecto a las investigaciones y seguimientos al fascismo, el movimiento antifascista tuvo que poner en marcha su propio sistema de inteligencia para defenderse. Desde el compromiso profesional y personal, periodistas y militantes anónimos han investigado y dibujado una radiografía exhaustiva de quiénes son, cómo se coordinan, qué hacen y qué proyectan los grupos fascistas. Es el caso del periodista catalán Xavier Vinader, redactor de *Interviú*, cuya historia aparece recogida en estas páginas. Como heredero de esta tradición periodística, Miquel Ramos realiza un recorrido histórico que abarca desde CEDADE como *think tank* del neonazismo español en la década de los setenta, pasa por el terrorismo de la ultraderecha y llega hasta su institucionalización en partidos políticos. Tanto el movimiento skinhead y su apropiación por la ultraderecha como la infección neonazi en las gradas de los campos de fútbol y las constantes provocaciones racistas en los barrios populares son contadas por diferentes voces

a través de entrevistas y relatos compartidos. Este recorrido pormenorizado aterriza en la creación de las guerras culturales por parte de la ultraderecha, sus intentos de captar los sentires populares a través de centros sociales neofascistas y el peligro de victimización del privilegiado utilizando el delito de odio. No van a leer una descripción de estos fenómenos, sino una aproximación crítica a ellos pasada por el filtro de la experiencia militante con el objetivo de *que sirva*.

Pero, sobre todo, este libro de lo que habla es de cómo el antifascismo se ha organizado, cómo ha actuado, cuáles han sido sus logros y errores, y todo ello con la voluntad de poner en valor lo aprendido y ponerlo a dialogar con los retos antifascistas actuales.

Especial mención me merecen en este prólogo, porque me atraviesan de cerca, las historias que Miquel rescata del antifascismo de los primeros años noventa contadas por muchos de sus protagonistas.

Yo nací en Sevilla en 1981 y llevo toda mi vida en esta ciudad. En el año 2001, comencé a participar en el movimiento antirracista a través de la asociación Mujeres Gitanas Universitarias y desde 2005 milito en diferentes movimientos autónomos de la ciudad y en el Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras (el SAT). En estas dos décadas, los centros vecinales y los centros sociales okupados han sido los espacios donde he desarrollado principalmente mi militancia con bastante tranquilidad respecto a los ataques de grupos neonazis, al menos hasta hace poco tiempo. Soy muy consciente de que la tranquilidad con la que hemos podido desarrollar gran

parte de las actividades políticas, sociales y culturales en estos veinte años no ha sido producto de la fortuna. Esa tranquilidad es fruto del trabajo de grupos antifascistas y el movimiento punk sevillano, que en los años noventa plantó cara a la violencia fascista organizada poniendo el cuerpo y marcando los límites geográficos a un movimiento ultraderechista que crecía al mismo tiempo que el control policial del orden público y la gentrificación del centro de la ciudad. Durante muchos años hemos disfrutado de esa «Sevilla liberada», la zona norte del centro histórico de la ciudad, donde a ningún nazi se le ocurría poner un pie y donde podían proliferar mercadillos de libros, huertos urbanos, centros sociales, oficinas de derechos sociales, comedores populares, ateneos libertarios y asociaciones migrantes sin miedo a ser atacados. Los nazis tenían su otra parte de la ciudad, los barrios ricos y sus tugurios. Con la madurez del movimiento y sobre todo con el avance de la conciencia feminista, podemos ser críticas con cierta épica en aquellos movimientos antifascistas de los años noventa, pero sin duda con el mayor respeto y gratitud por lo que fueron capaces de conquistar. Ahora estos equilibrios se empiezan a romper, la tranquilidad *antifa* que hemos disfrutado empieza a estar amenazada y los grupos neonazis cada vez se atreven a más. Ahora, con más frecuencia de la deseable, nos toca borrar esvásticas de las puertas de las sedes.

Este libro abre debates en los que nos hemos visto envueltas muchas de las personas que hemos estado cercanas al movimiento antifascista y que aún siguen sin resolverse. Los límites del uso de la violencia más allá de la

legítima autodefensa es uno de ellos. Aunque quizás sería más exacto hablar de los límites de la autodefensa.

Otra cuestión central que atraviesa muchos de los relatos de este libro es la dialéctica entre la endogamia y la transversalidad del antifascismo. ¿Debe extenderse el antifascismo más allá de la izquierda que lo viene abanderando? ¿Quiénes son los aliados en la lucha antifascista? ¿Un partido político que ha legislado a favor de la existencia de los centros de internamiento para inmigrantes puede ser parte de un espacio antifascista? Preguntas como estas han sido objeto de debate en los espacios donde he participado, al igual que muchas de las personas que aparecen en estas páginas.

También en Sevilla, en torno al año 2009, se constituyó la Coordinadora Antifascista, en la que participé en sus comienzos en representación del sindicato SAT. Un espacio que aspiraba a ser amplio y diverso donde participaban colectivos sociales, asociaciones y sindicatos. Siempre ha funcionado, hasta el día de hoy, para articular respuestas en momentos de agresiones fascistas. Además, desde la *coordi antifa* se han convocado protestas por desahucios o las manifestaciones LGTBI contra el autobús de HazteOír. Siempre hemos sido mejores en la resistencia que en la acción propositiva, es cierto. La alerta *antifa* siempre ha funcionado cuando la ultraderecha ha organizado protestas contra el albergue municipal señalando a las personas sin hogar o los centros de formación para menores extranjeros no acompañados. Pero el peligro de ser espacios autorreferenciales de la izquierda radical también nos ha acompañado siempre.

Siguiendo la hipótesis de la amplia movilización antifascista, aquí también constituimos varios espacios con el ánimo de construir ese antifascismo transversal donde cupieran muchas. Sevilla Diversa, Unidad contra el Fascismo y el Racismo o la asociación Macarena para Todas han sido intentos de superar esa visión identitaria del antifascismo que había calado en el imaginario colectivo. Estas fórmulas funcionan bien sobre todo para diseñar otras acciones más allá de las reactivas ante agresiones. Un ejemplo de ellas fue la puesta en marcha de una fiesta de bienvenida a los menores extranjeros de un nuevo centro de formación en el barrio de la Macarena. En el acto tomaron la palabra personas migrantes extuteladas para contar sus experiencias y eso generó una gran empatía en el vecindario, que sin duda tuvo su efecto cuando llegó Rocío Monasterio (Vox) unos días después a agitar el odio contra los menores. Sin embargo, el éxito de estos espacios amplios no borra la utilidad de espacios antifascistas cuyo objetivo organizativo principal sea denunciar y reaccionar ante agresiones fascistas. Aquí no sobra nadie y hay tarea para todas.

Otro de los grandes debates que el autor aborda en este libro, además de en su día a día, es la disyuntiva entre delito de odio y libertad de expresión. Si bien la tipificación del delito de odio es una conquista de los colectivos históricamente perseguidos y hostigados, cuyas consecuencias materiales duran hasta la actualidad, cada vez es más frecuente que a través de su aplicación se amparen mensajes de intolerancia de la ultraderecha y se persiga a quienes los combaten.

En el año 2013, el sindicato ultraderechista Respuesta Estudiantil convocó una manifestación contra la concesión de becas a estudiantes migrantes en Sevilla. La Delegación del Gobierno autorizó la manifestación por la zona más céntrica de Sevilla y los ultraderechistas pasearon su bandera con la esvástica húngara como símbolo y lanzaron bengalas por el centro más concurrido de Sevilla. Aquel día la alerta *antifa* fue más amplia que nunca. Se convocó una manifestación en repulsa que fue secundada ampliamente por colectivos pro derechos humanos de lo más variopinto; ese día fuimos más y más diversas que de costumbre. La manifestación neonazi, bloqueada, solo consiguió avanzar a duras penas con cargas policiales y balas de goma lanzadas al aire por la policía para disolver la protesta antifascista. La opinión pública rechazó mayoritariamente que la Delegación del Gobierno hubiera autorizado la manifestación del sindicato ultraderechista. Nueve compañeros fueron juzgados por desórdenes, desobediencia y como autores de un delito de odio. La acusación la realizó el sindicato ultra mediante su abogado, líder entonces de Democracia Nacional y en la actualidad de Vox en Sevilla. Los compañeros fueron absueltos cinco años después. Fui una de las abogadas de la defensa y tuvimos que argumentar en un tribunal que los delitos de odio se habían inventado precisamente para defender a personas como los estudiantes migrantes de gente como la que pasea la bandera de los nazis húngaros por las calles. Fue la primera vez que tuve que hacerlo, pero en estos ocho años he seguido enfrentándome a acusaciones por delito de odio en la defensa de numerosas activistas.

Aunque en la actualidad parte de mi trabajo consiste en facilitar la denuncia de crímenes de odio por motivos racistas a las personas que los padecen, conozco bien los límites del derecho penal y la facilidad con la que es usado para perseguir a las víctimas y proteger a los criminales del odio. También sé que el único límite que debemos poner a la libertad de expresión es para aquellos discursos que piden restringir derechos a grupos de personas a las que no consideran iguales en dignidad.

Lo que hemos aprendido es que se hace antifascismo desde muchas partes, no solo desde el antifascismo organizado. Pedir la regularización para las personas migrantes, derechos laborales para las trabajadoras del servicio doméstico o que la historia del pueblo gitano aparezca en los libros de texto es lucha antifascista. De hecho, muchos militantes antifascistas están en cada una de estas luchas. Cada vez que pedimos acceso a una vida digna en igualdad, independientemente del género, la nacionalidad, la religión o la etnia, estamos haciendo antifascismo. Estamos afirmando radicalmente la universalidad de los derechos humanos que el fascismo niega, estamos afirmando que no existen jerarquías de humanidades.

Si algo sabemos, es que no hay recetas infalibles ni mejores que otras y que en cada contexto la respuesta antifascista que se articule estará movida por un dolor situado a la altura de las circunstancias concretas. Nos enfrentamos a un mismo monstruo con mil cabezas que merece ser respondido en todos los terrenos: en los tribunales, en las academias, en los medios de

comunicación, en las instituciones y en las calles. Aquí no sobra nadie y hay tarea para todas.

ANTIFASCISTAS

Así se combatió a la **EXTREMA DERECHA**
española desde los años 90

Introducción. Un asunto personal

*«Ja no puc veure més enllà
Dels teus ulls que m'estan mirant
Quants cops de mà he hagut de callar?
He estat un temps sense pensar,
somriures que no tornaran,
he estat un temps sense parlar.
No estás sol,
no tingues por.
Ja ningú destruirà el teu cor».*

OBRINT PAS, *No tingues por*, 1994

Era el primer día tras las fiestas de Pascua de 1993. Enric, nuestro profesor, entró en clase muy serio. Los corrillos entre los pupitres se deshicieron enseguida, dejamos de hablar poco a poco y tomamos asiento. Todos teníamos algo que contar de nuestras vacaciones tras varios días sin vernos; en plena adolescencia, todo era una aventura que había que compartir. Pero la emoción del reencuentro se vio interrumpida bruscamente.

Pocos días antes, Anna, una exalumna del colegio, había presenciado cómo mataban a un amigo. Enric nos contó que esa noche estaba en Montanejos junto a Guillem cuando varios neonazis lo rodearon y le asestaron una

puñalada en el corazón. Guillem tenía dieciocho años recién cumplidos. Yo cumpliría catorce en un mes. La clase se quedó en un silencio absoluto. Aquello nos golpeó de lleno en la cara.

En nuestra escuela nos habían hablado siempre del fascismo. Era una de las primeras escuelas que usaron el valenciano como lengua vehicular; en los alrededores de la ciudad de València, solo había cuatro a principios de los ochenta. En clase nos hablaron de Franco, de la guerra civil, del nazismo, del Holocausto, del racismo y de la homofobia. Podía parecer una batalla lejana, pero en realidad era algo que todavía existía. Y de repente, justo antes de abandonar el colegio y empezar la secundaria, se presentaba ante nuestras narices de la peor forma posible, llevándose la vida de un joven ante los ojos de una compañera de la escuela.

Yo había visto a Guillem junto a otros excompañeros del colegio. Lo recuerdo con Fèlix, un chico pelirrojo del colegio; los dos y algunos más habían fundado SHARP València. Los veía en las manifestaciones a las que iba con mis padres y en algún que otro acto de la izquierda valencianista de principios de los noventa. También conocía el ambiente más punk y alternativo de entonces, porque mi padre me llevaba a ver a Barricada y la Polla Records desde que tenía doce años; a mí y a un par de amigos de mi clase que se apuntaban siempre que convencía a mi viejo de ir a un concierto. También mi tía, que entonces ya vivía en Barcelona, me llevaba a conciertos siempre que iba a verla y me regalaba libros y música que acabarían por despertar mi conciencia política muy temprano.

Guillem y sus compañeros destacaban. Empezábamos a tener inquietudes políticas y sus pintas nos fascinaban. Fèlix estaba siempre en Up & Down, una pequeña tienda en el barrio del Carme que servía como lugar de encuentro a los jóvenes de izquierdas de la época. Era el único comercio que importaba ropa y complementos de estética mod y skinhead, una moda que había llegado a España pocos años antes y tuvo importantes connotaciones políticas. Esta estética había nacido con jóvenes ingleses de clase trabajadora, muchos de ellos de origen jamaicano. Sin embargo, unos años después grupos fascistas y neonazis de todo el mundo la adoptaron para sí. Para diferenciar a un skin neonazi de un antifascista, tenías que fijarte muy bien en los pequeños detalles. Los antifascistas llamaban *boneheads* («cabezas huecas») a los neonazis, pues les negaban el término «skinhead», que reivindicaban como antirracista.

En el Up & Down veíamos a los skins y trasteábamos en los escaparates mientras escuchábamos ska, que siempre sonaba de fondo. También nos pasábamos por el Vito Lumbagui, un bar de la calle Alta donde se juntaban Guillem y sus amigos. En poco más de un par de kilómetros, teníamos el barrio del Carmen y el Kasal Popular, la antigua estación de bomberos okupada un año antes; allí se concentrarían la mayor parte de los movimientos sociales y ahí mismo nació la primera Asamblea Antifeixista de la ciudad.

El profesor nos explicó que habían matado a Guillem por odio, por ser antifascista. Salió de la clase y todos nos quedamos callados. Guillem era una persona conocida de la

Asamblea Antifeixista y también de Maulets, el colectivo juvenil de la izquierda independentista fundado en 1988. Era un tipo alto, grandote, rudo a pesar de sus dieciocho años. Y los neonazis de València lo tenían fichado. Sus amigos lo sabían y él mismo se lo había comentado a su padre un día.

No recuerdo dónde conseguí la noticia del periódico *Levante-EMV* donde venía la noticia del asesinato de Guillem. La conservo en un viejo archivador, dentro de una carpeta titulada *Cas Guillem Agulló*, junto a decenas de recortes más que empezaría a coleccionar aquel día. Cuando sabía que el periódico traería alguna noticia que me podía interesar, me iba al bar por la mañana, tan deprisa como podía, y ojeaba el periódico. A veces un señor o una señora lo estaba leyendo y entonces me tomaba un café y esperaba un poco a que acabase por fin. En algunas ocasiones el ansia me podía, sobre todo si veía que se enzarzaban con los crucigramas, de modo que me iba al quiosco de la esquina y compraba un ejemplar. En el bar debajo de mi casa me lo guardaban siempre que se lo pedía y al día siguiente me llevaba el recorte; demasiadas veces con manchas de aceite o de café. Con los años cogí la costumbre de desayunar allí y ojear el periódico cada mañana. Buscaba noticias sobre la extrema derecha, que aquellos primeros años noventa daba mucho que hacer y habitualmente estaba presente en las páginas del *Levante-EMV*.

El asesinato de Guillem Agulló despertó algo en una nueva generación de jóvenes que empezaba a interesarse por la política, una generación que no había vivido la

dictadura y apenas la transición, y que, como cualquier otra, buscaba su lugar en el mundo. Tal vez, para muchos de nosotros las circunstancias familiares y el entorno social facilitaron que el caso nos afectase personalmente aún más que en el plano político. Fue entonces cuando empecé a coleccionar recortes de prensa. No solo del caso Agulló, sino de cualquier asunto relacionado con la extrema derecha, primero, y más adelante con los movimientos sociales de aquellos años en mi ciudad, València.

Contar la historia del antifascismo en el Estado español de estos últimos treinta años no es tarea fácil ni siquiera para quienes han formado parte de ella en algún momento o lo hemos seguido desde sus inicios. Cada ciudad y cada pueblo han tenido sus propios movimientos, sus propias dinámicas y circunstancias que la han configurado de una u otra manera. Además, es muy posible que dos personas, por mucho que hayan coincidido en un mismo movimiento e incluso en una misma asamblea, no lo cuenten igual. Por otro lado, habrá quien considere que el antifascismo es solo una parte de todo lo que se relata en este libro, quizás el aspecto más mediático y visible, y también el más estigmatizado y el más combativo. Durante años, pocos se han llamado a sí mismos abiertamente antifascistas, pero es a esos que nunca se avergonzaron de serlo a quienes hay que agradecer que el antifascismo se reivindicque hoy más que nunca desde diferentes ámbitos.

Por este motivo, el presente libro no es «la historia del antifascismo», sino una de tantas historias que se podrían contar sobre algunos acontecimientos concretos y algunos de sus protagonistas a lo largo de estas últimas tres

décadas. Este trabajo es un conjunto de aportaciones personales, un relato subjetivo de quienes han vivido unos hechos concretos en un momento y un lugar determinados y hoy se deciden a contarlo. Un relato coral que aporta diferentes experiencias, puntos de vista y, sobre todo, reflexiones sobre un movimiento diverso y todavía hoy activo. Por tanto, quede claro que este libro no habla en nombre de ningún movimiento ni pretende ser un análisis académico, ni mucho menos objetivo. Un asunto personal nunca puede ser objetivo.

Tampoco es posible hablar de antifascismo sin mencionar todos los movimientos sociales que lo han acompañado. No existe un movimiento antifascista por sí solo. Este siempre es fruto de la confluencia de muchas luchas diversas. Quienes han formado parte de los colectivos y plataformas llamadas antifascistas siempre han participado en muchos otros movimientos sociales. Y viceversa. Por eso no existe un antifascismo, sino muchos. Algunos de ellos ni siquiera llevan esa etiqueta, pero, simplemente con su labor, ya se enmarcan en ese frente que sirve para evitar que la ultraderecha penetre e infecte con su discurso; o para dotar de contenido lo que tan solo se identifica con un movimiento reactivo frente a la ultraderecha. De alguna manera, el feminismo, la lucha por los derechos LGTBI, la lucha contra el racismo institucional, las luchas obreras o poner el cuerpo para impedir un desahucio también son formas de hacer antifascismo.

Sin embargo, dentro de lo que entendemos por antifascismo, no ha existido siempre ni en todos lados esta mirada amplia para enmarcar la oposición a las ideologías

reaccionarias. A pesar de la confluencia de muchos y diversos movimientos sociales y de la multimilitancia de sus partícipes, tradicionalmente se denominaba antifascismo solamente la reacción y la autodefensa ante los grupos de extrema derecha. Las particularidades de cada colectivo, de cada momento y todos los factores que han configurado el movimiento de una u otra manera en diferentes escenarios no nos pueden dar ningún común denominador, más allá de la voluntad de sus integrantes de plantar cara a un problema latente y concreto que suponía una amenaza para mucha gente.

España, años ochenta: la resaca franquista

*«La transición es el cimient
de la podredumbre actual».*

ALFREDO GRIMALDOS, entrevistado por
Alejandro Torrús para *Público* en junio de 2013

A mediados de los ochenta, la ultraderecha llevaba varios muertos a sus espaldas desde la muerte de Franco. Tan solo entre 1975 y 1983, el periodista Mariano Sánchez-Soler contabilizó en su libro *La transición sangrienta* (Península, 2010) 49 asesinatos a manos de grupos de extrema derecha y 54 a causa de la represión policial. Otra investigación realizada por Sophie Baby, titulada *El mito de la transición pacífica* (Akal, 2018), subía la cifra de muertes durante ese mismo periodo a 178 a manos de cuerpos policiales y 67 de la extrema derecha. La policía no había sido depurada tras la muerte de Franco y los mismos torturadores y represores de la dictadura siguieron luciendo el uniforme hasta la jubilación. En muchas ocasiones, las vinculaciones entre la extrema derecha y los cuerpos policiales eran evidentes, como se verá a lo largo de este libro.

El Estado español vivía inmerso en el proceso de transición del régimen franquista a la democracia, con sus problemas propios y sus propios fascistas, la mayoría todavía ligados a la dictadura. En Inglaterra, Francia o Alemania hacía años que habían emergido un neofascismo y un neonazismo que habían sabido vestirse de contraculturales y contestatarios en un contexto democrático, pero en España aún se relacionaba la extrema derecha con el franquismo.

Otra extrema derecha más pragmática rápidamente se acomodó en lo que sería la casa común de todas las derechas hasta nuestros días: primero Alianza Popular y después el Partido Popular, fundado por el exministro franquista Manuel Fraga Iribarne. Era imprescindible que los franquistas reconvertidos en demócratas desactivaran gran parte de la extrema derecha española para armar el relato de la concordia entre españoles que todavía hoy forma parte de la historia oficial del Estado. La imagen de unos pocos ancianos decrépitos concentrados cada 20N para recordar a Franco y los cada vez más marginales grupos falangistas, que todavía se resistían a lavar la camisa azul con el detergente que en un solo lavado te convertía en demócrata, permitían presentar a España como un país que había superado bien el pasado. Nada más lejos de la realidad.

La transición garantizó la permanencia de la mayoría de las estructuras y relaciones de poder construidas durante la dictadura. Desde las grandes fortunas forjadas durante el régimen a base de prebendas y expolios varios, hasta la misma jefatura del Estado, designada por el propio

dictador y ni siquiera sometida a debate antes de aprobar la Constitución. El paquete del 78 era todo o nada: «Esto o quién sabe lo que puede pasar si no votáis sí a la Constitución». Cuarenta años después, la carta magna permanece como un libro sagrado cerrado a cal y canto, inalterable. Con su águila de san Juan en la portada. A eso hay que sumarle que no se depuraron las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado ni las Fuerzas Armadas y la impunidad de la que gozaron los responsables de torturas e incluso crímenes de Estado. Esto es lo que hoy se llama popularmente régimen del 78.

El fenómeno skinhead, los *hooligans* del fútbol y la música neonazi ya estaban al orden del día a principios de los años ochenta en gran parte de Europa, mientras los viejos engominados y los niños pijos copaban el fascismo español. Al menos esa era la imagen que se tenía. También había jóvenes más atrevidos que rechazaban la tranquilidad con la que esos franquistas trataban de acomodarse en la recién estrenada democracia presentándose a las elecciones y hablando constantemente de la figura y el legado del dictador. Entre ellos, el Frente de la Juventud, que no dudaría en hacer uso de la violencia y la acción directa contra la izquierda, a pesar de las llamadas a la moderación y la distancia cada vez mayor de los principales líderes del residuo franquista. Para este y otros grupúsculos, quedaba por hacer aquella «revolución pendiente» que preconizaba José Antonio Primo de Rivera en los años treinta. Según el historiador Luis Velasco, «olvidada durante el régimen por un fascismo adaptado al

régimen y a su caudillo, en el que los revolucionarios y modernos fascistas no estaban bien vistos».

El Frente de la Juventud protagonizaría numerosas acciones violentas a lo largo de su existencia —entre 1978 y 1982—. Este grupo fue una escisión del núcleo duro de Fuerza Nueva, porque consideraba que este partido mostraba un inmovilismo inadmisibles ante la recién estrenada democracia. Su líder, Juan Ignacio González, calificó dicho partido como «un imperio de beatas», según explica Alfredo Grimaldos en su libro *La sombra de Franco en la transición* (Obreron, 2004). La organización cometió varios atentados terroristas contra sedes políticas y bares de izquierdas, que causaron la muerte de al menos dos personas. En 1981, más de una veintena de sus integrantes fueron detenidos en Madrid y en València acusados de varios atracos y de ataques violentos. Juan Ignacio González, su líder, había sido asesinado un año antes en extrañas circunstancias. Sus compañeros señalan directamente a los servicios secretos y descartan que el crimen fuese obra de la izquierda radical. Más de treinta años después, en 2013, varios exmilitantes de esta formación crearían la Asociación Cultural In Memoriam Juan Ignacio (ACIMJI), que reivindica la memoria del Frente de la Juventud y organiza diversas actividades con otras organizaciones de extrema derecha.

Durante estos años, las respuestas antifascistas eran una continuación de lo que se había venido articulando en los años posteriores a la muerte de Franco. Los fascistas y la policía empleaban la violencia contra la izquierda de forma habitual y con total impunidad. Quienes habían luchado

contra el régimen intentaban aguantar el embate de los grupos franquistas organizados y de los irredentos de la revolución pendiente, al tiempo que algunos periodistas, como Xavier Vinader, desvelaban las conexiones de estos grupos con funcionarios y aparatos del Estado.

El periódico *El País*, dos días antes del 20N de 1984 — aniversario de la muerte de Franco y jornada de exaltación fascista—, publicaba una radiografía del panorama ultraderechista del momento:

Los elementos más activos de la extrema derecha, susceptibles de actuaciones violentas, se hallan diseminados en grupúsculos muy pequeños y además reñidos entre sí, según aseguran fuentes policiales. Sin embargo, la inexistencia de un terrorismo organizado «ultra», hace, para Interior, mucho más difícil prevenir un acto violento, «porque no se puede estar encima de cada uno de ellos», según fuentes policiales.[1]

En este mismo artículo, la policía afirmaba que no había grupos de extrema derecha organizados que cometieran actos terroristas. Incluso negaba la existencia del Batallón Vasco Español: «Fueron cuatro tíos que se reunieron a poner bombas allá arriba y se autodenominaban así, pero nada más». Por otro lado, la Oficina de Víctimas del Terrorismo del Gobierno vasco —encabezada por Maixabel Lasa y José María Urquijo— recibió el encargo del Parlamento vasco de elaborar un informe sobre este tema. En él se afirmaba que en Euskadi, entre 1975 y 1990, los grupos parapoliciales y de extrema derecha habían cometido setenta y cuatro actos terroristas, con el resultado de sesenta y seis muertos. Al Batallón Vasco Español se le atribuían dieciocho asesinatos, ocho a la Triple A y seis a los Grupos Antiterroristas Españoles. Un año antes de que esta noticia apareciera en *El País*, se

habían creado los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL), bajo el amparo del Ministerio del Interior de Felipe González. Esta organización llegó a asesinar al menos a veintisiete personas antes de ser desarticulada —de nuevo, gracias al trabajo de denuncia e investigación de varios periodistas.

En este artículo de *El País* —titulado «La diáspora “ultra”» y fechado el 18 de noviembre de 1984—, Francisco Mercado repasaba las organizaciones ultraderechistas que en aquel entonces actuaban según la policía. En él citaba a Ricardo Sáenz de Ynestrillas, quien, junto a otros dos ultras, había robado sus armas a dos policías. También aseguraba que el Ministerio del Interior lamentaba la desaparición de Fuerza Nueva, porque cuando existía «sabíamos dónde estaban; ahora cada uno anda por su lado». La policía también hablaba de la CEDADE, a la que consideraba altamente peligrosa por sus contactos internacionales. Patria y Libertad estaba dirigido, según la policía, por Jorge Cutillas y Ernesto Milà, estrechamente relacionado con el terrorista neofascista Stefano delle Chiaie. Cuenta el artículo: «Cutillas fue detenido en 1982 por su presunta participación en agresiones contra autocares que transportaban 256 niños vascos a Madrid. Milà fue juzgado en marzo de 1984 por algaradas callejeras ocurridas en junio de 1980 y un atentado contra un local de UCD».

El listado de grupos de extrema derecha incluye algunos más: Primera Línea, que «aglutina a los elementos más radicales de Falange y está dirigida por Juan José Molina González, acusado de dirigir en enero de 1979 el asalto a la

Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid, a consecuencia del cual resultaron varios alumnos heridos de bala». También las Juventudes Vikingas, creadas por el exmiembro de las SS Walther Mattheai. Según explica *El País*, las Juventudes Vikingas «realizan acampadas en la sierra madrileña y en Lugo, donde simulan ejercicios castrenses. Precisamente a raíz de una denuncia vecinal por estas maniobras paramilitares fueron detenidos en septiembre de 1983 el capitán Walter, su hijo Gabriel y su lugarteniente, Miguel Borja. Les fueron intervenidos dos revólveres, un mosquetón, una emisora de radio, dos teléfonos de campaña y alambre de espino, prendas militares y machetes e insignias nazis».

En otro párrafo, alude brevemente a Bases Autónomas (BB AA), una organización bastante diferente a las anteriores aparecida recientemente. Provenían de las Juventudes Nacional Revolucionarias (JNR) y todavía no habían realizado ninguna acción. «Se limitan a conspirar», apunta la fuente policial. El autor del reportaje no sabía —posiblemente, tampoco el policía con el que habló— que esta formación, creada un año antes, acabaría por marcar el devenir de los nuevos grupos nazis y fascistas españoles, que es el principal motivo por el que se reorganizó y articuló el nuevo antifascismo.

[1] Disponible en https://elpais.com/diario/1984/11/18/espana/469580405_850215.html.

Terrorismo de Estado, espías y la red Gladio

*«No, no, no, non si può più dormire,
la luna è rossa, rossa di violenza,
bisogna piangere i sogni per capire
che l'ultima giustizia borghese si è sienta».*

BANDA BASSOTTI, *Luna rossa* (1995)

No sabía exactamente a qué se refería la letra de *Luna rossa*, una de mis canciones favoritas del grupo de punk rock italiano Banda Bassotti. Más tarde me enteré de que era sobre un atentado en Milán que había costado la vida a diecisiete personas, obra de la ultraderecha en 1969. Casualmente, uno de los responsables del atentado vivió en Madrid durante un tiempo y estuvo vinculado a varios episodios violentos durante la transición. Era Stefano delle Chiaie, uno de los líderes del grupo neofascista italiano Avanguardia Nazionale, y jugaría un importante papel en el terrorismo neofascista europeo de aquellos años, en la red Gladio y en las dictaduras sudamericanas patrocinadas por la CIA.

Sobre la red Gladio se ha publicado abundante información, y la desclasificación de archivos de los servicios secretos de varios países sigue aportando todavía más. Gladio fue una red paramilitar secreta que actuó en Europa durante la Guerra Fría bajo el paraguas de la OTAN, los servicios secretos de varios países y ayudada por la CIA, que cometió numerosos atentados y que en algunas ocasiones trató de hacerlos pasar por obra de la izquierda, cuando esta contaba con gran apoyo en muchos países occidentales. Tal y como recordaba Oier Zebeiro en Eulixe:

El 22 de noviembre de 1990, el Parlamento Europeo aprobó una resolución en la cual condenaba «la existencia de una red clandestina de inteligencia y operaciones armadas que operó durante más de 40 años en varios Estados europeos».

Tal y como lo menciona la resolución del Parlamento Europeo, esta red clandestina «podría haber interferido en la política interna de varios países europeos además de estar implicada en actos de terrorismo y crimen». La red «tiene a su disposición arsenales militares independientes y recursos militares que ponen en peligro las estructuras democráticas de los países europeos», subraya la resolución.

El Parlamento europeo impulsó a los diferentes países europeos a realizar investigaciones parlamentarias para poder revelar más información, pero solo Italia, Bélgica y Suiza lo hicieron, mientras que los demás países europeos sólo reconocieron «la existencia de diferentes operativos» sin ofrecer más detalles al respecto.[2]

España tuvo a sus propios mercenarios de extrema derecha al servicio de la guerra sucia contra el independentismo vasco y la izquierda, encarnada por el GAL y otros grupos terroristas a sueldo o amparados por el Estado. Sin embargo, en noviembre de 1990, el entonces ministro de Defensa, Narcís Serra, ordenó la apertura de una investigación sobre la presunta conexión española de la red